

EDITORIAL

Y a casi a la vista la fecha en que la mayoría de los planteles y organismos integrantes de la Universidad Nacional Autónoma de México han de trasladarse a la Ciudad Universitaria —la espléndida sede que levanó para ella el Presidente Alemán—, es oportuno preocuparse por elaborar las normas adecuadas al funcionamiento de una entidad tan vasta y tan compleja. Siamente creación de dificultades se presenta esa tarea, para la que se anotan escasas las reservas de prudencia, y, en tanto que pudieran adelantarse; pero ello se procesará, si se suma la buena voluntad de todos los universitarios que han de emprenderla, previa renuncia a cuanto no sea el futuro engrandecimiento y la buena salud administrativa de nuestra última Casa de Estudios.

En las últimas semanas han surgido muchos reformadores en ciernes, que se precipitan a emitir sus opiniones y deseos en relación con este caso. Es necesario hacerles recordar que un asunto de alcance tan decisivo no va a resolverse de acuerdo con la fórmula de X o de Z, sino que los componentes de la familia universitaria, involucrados por las autoridades respectivas, confrontarán sus dudas y sugerencias en un plebiscito sin coacciones, atentos únicamente a que los promotores símbolos encarnados en la Ciudad Universitaria —el esfuerzo sin precedente del Gobierno y el pueblo de México, el porvenir cultural del país— no sean defraudados por disputas interminables o resoluciones sin madurez. Va de por medio uno de los máximos patrimonios del espíritu: no hay que olvidarlo.

Quizá unos desdichados quincecientos precipitados y desde ahora propugnan una reforma a la Ley Orgánica de la Universidad. Esta Ley, que preserva los dones de la UNAM —la autonomía, la libertad de cátedra— y en los años que se ha mantenido rigurosa demostró su eficacia, es fundamentalmente buena, y en caso de que la mejor opinión sugiera algunas reformas, éstas deben adoptarse sobre los principios para lograr el ajuste debido entre las funciones docentes, escolares y administrativas.

Posiblemente es en el Estatuto de la Universidad, cuya sola denominación ya revela su índole vinculada a lo estrictamente reglamentario, donde cabe introducir importantes adiciones indispensables al correcto desenvolvimiento y coordinación de las actividades futuras de nuestra institución en su nuevo albergo.

Tenemos la fortuna —y no abundan los organismos que puedan jactarse de ello— de contar dentro de la Casa de Estudios con elementos humanos de "primerísima categoría, ponderables, honorables, plenos de capacidad, que indudablemente pondrán lo mejor de sus aptitudes para colaborar en la empresa conjunta de obtener el óptimo desarrollo cultural—actualmente, viviente— de la Ciudad Universitaria en los años venideros.

DICTA Manuel Cabrera tres conferencias sobre la "Suspensión de la Metafísica". El título es sugestivo y bastante. ¿Qué nos va a proponer el autor? ¿Que suspendamos toda metafísica? Y, ¿qué carácter tendrá esa suspensión? ¿Tendrá un carácter metafísico o logrará no tenerlo? ¿Será Manuel Cabrera un metafísico a su pesar?

Algún amigo me muestra un tomo de las *Situaciones* de Peguy y me señala algún párrafo que dice: "Las negaciones metafísicas son negaciones metafísicas, el mismo título que las afirmaciones metafísicas".

Yo le hago ver que Peguy se refiere expresamente a las negaciones metafísicas y que quizá hay negaciones que no son metafísicas. Pero mi amigo es implacable y me saca otro texto de su autor preferido: "Decíamos varamente que la inmortalidad del alma era metafísica. Después me di cuenta de que la metafísica del alma también es metafísica".

De acuerdo con esto parece imposible salir de la metafísica. Kant, por ejemplo, tan orgulloso, sería en el fondo un metafísico. Mi amigo consiente en silencio. Después, como recordando algo, va a su librero y saca los *Cuadernos* de su autor preferido. Un minuto y lee en voz alta: "Todo el mundo tiene su metafísica. Los buenos tienen una metafísica buena. Los malos tienen una mala. Los miserables tienen una miserable... Los políticos tienen una política. Los parlamentarios una parlamentaria. Los imbéciles una imbécil." acaba leyendo la letra. 3 de febrero de 1907.

No me gusta decir que mi amigo. No me gusta sobre todo tocarle a Peguy. El lo conoce demasiado y lo quiere mucho. Pero me quedo pensando en el título de las conferencias de Manuel Cabrera: suspensión de la metafísica... ¿Logrará realmente, así sea por un momento, suspender la metafísica?

Conozco a Manuel Cabrera desde hace tiempo. Se que tiene las virtudes necesarias para dar unas buenas conferencias sobre la suspensión de la metafísica. Esas virtudes son su inteligencia original y su preparación. Pero me gusta más. Aparte de esas virtudes tiene otra, la de saber callar. Cabrera es un hombre que ha callado.

¿Y qué importancia puede tener eso de callar, de ser un hombre que calla? Puede tener la misma importancia de la duda y de la ausencia. Una importancia provisional, una importancia transitoria, en cuanto la duda sea un camino de afirmación, y la ausencia una manera de llegar a hacer presente.

¿Pero pueden el callar y la duda y la ausencia tener la misma importancia ayer que hoy? A la historia de los callares, de los dudas, de los iras y virtudes sucede la palabra la afirmación y la presencia. ¿Ha llegado a esta última etapa del viaje metafísico Manuel Cabrera? ¿o va a hablar para invitarnos a

MANUEL CABRERA

La Metafísica del Silencio

Por Pablo GONZALEZ CASANOVA

seguir callando, a seguir dudando, a seguir estando ausentes? ¿Nos va a invitar a que suspendamos la metafísica para que nos quedemos con nuestras pobres manos vacías? Como una metafísica de las manos vacías?—Como diógenes. El título de las conferencias de Manuel Cabrera es inquietante. No sólo me inquieta a mí, sino a muchos de mis amigos, de mis conocidos. Todos nos preguntamos: ¿Qué va a decir Manuel Cabrera?

En el antiguo Colegio de Mazacuaros, hoy Facultad de Filosofía y Letras, ha dictado Manuel Cabrera su primera conferencia. Allí, mismo dictará las dos restantes. No me ha sido posible hacer un comentario preciso de ella, y estoy seguro que no lo haré de las demás.

IMÁGENES

PASAN los caballos entre la niebla,
invisible, lentamente sonoros,
con un movimiento de blanca sombra
desordenada.

En épocas húmedas, con dulzura,
se desbaca cada silbata suga.
Tras una ventana la niebla enciende
crístales. Mira.

—Hay un pueblo bajito pululando
debajo del suelo que la sustenta,
por RUBEN BONIFAZ NUÑO

Pero si recuerdo con precisión la figura del problema esencial, y de los problemas que de él surgen.

En su primera conferencia, Manuel Cabrera se ha referido a la tentativa husserliana de explicar la crisis del pensamiento europeo por la conciencia, y de comprender la historia por la conciencia. Ha demostrado que mientras una tentativa semejante resulta imposible, la inversa es válida: que el pensamiento se explica por la crisis y por la historia.

Refiriéndose a la evolución del pensamiento filosófico, ha probado Cabrera que, contra lo afirmado por Husserl, el racionalismo moderno no es una constante de la filosofía, sino tan sólo una constante del pensamiento moderno. "No es más que un *apriori* histórico—dijo— el hecho de atribuir una supremacía metafísica a la subjetividad", y ese *apriori* histórico tiene como fuente el pensamiento cartesiano. No se encuentra ni en la Edad Media ni en Grecia.

Ha concluido por lo tanto que el volver a Descartes o a la pretensión husserliana para resolver la crisis del pensamiento europeo, no es un volver a los auténticos orígenes de la filosofía, sino sólo un volver a los orígenes del pensamiento moderno, y que ese retorno no permite salir de la crisis, puesto que es el pensamiento moderno el que está en crisis, como lo reconoce Husserl al plantearse el problema, y al afirmar que la crisis aparece cuando las formas constructivas impo que el optimismo se convierten en problema, en "comunicaciones muertas, en cadáveres de significación". Así volver a Descartes para resolver el problema, es quedarse en las formas constructivas, es no ir a los orígenes y es, por lo tanto, traicionar el propósito husserliano de eliminar la crisis: "No se trata—ha dicho Cabrera— de dar una vida nueva a esas categorías, sino de abandonarlas de manera radical. La solución de la crisis no consiste en un retorno al radicalismo cartesiano, sino en el hecho de comprender que ese radicalismo es un *apriori* histórico". Con esta afirmación Cabrera no sólo ha refutado la intención particular de Husserl de explicar la crisis por la conciencia, sino en general su intención de hacer una construcción del universo absolutamente libre de supuestos, ya que hay un supuesto histórico en la conciencia y en su deseo de hacer, a partir de la conciencia, una construcción sin supuestos.

La fenomenología trascendental—ha añadido Cabrera— más que ser una explicación de la crisis, debe ser considerada como la expresión filosófica de la crisis. Es la fenomenología la que se explica por la crisis. En el idealismo fenomenológico se refleja el fin de una época histórica cuyo primer representante filosófico fue Descartes. El filósofo francés expresa en su metafísica el comienzo de una nueva época. Husserl regresa a Descartes y en este regreso se encuentran unidas la ascensión y la decadencia del espíritu moderno.

Y Cabrera ha terminado su primera conferencia haciendo algunas consideraciones sociológicas en las que ha afirmado que en la fenomenología la crisis se resuelve "la falla radical del individualismo, forma social y política de la epología", es decir, de toda filosofía que trata de fundamentar y de construir el mundo a través del *Ego* del sujeto.

En su segunda conferencia, Cabrera ha mostrado, de una manera todavía más precisa, cuál es la historia de esa conciencia que se ha atribuido, desde Descartes, un carácter absoluto. En su metafísica el mundo. Ha explicado históricamente la evolución del pensamiento epológico y ha hecho ver cómo, mientras la epología de Leibniz era optimista, la epología de Husserl y la de Heidegger, como mientras para Leibniz las mónadas y la armonía

preestablecida son inseparables de un optimismo metafísico, para Husserl el aceptar una armonía preestablecida equivale a aceptar trascurar en sentido absoluto la filosofía *rigorosa*, libre de supuestos; y es lo no aceptar la armonía preestablecida a quedarse en el solipsismo, en el aislamiento del mundo, en la imposibilidad de explicar el mundo y a los hombres, y de dárles una solución para sus problemas.

Pero Cabrera no se ha detenido allí en su análisis *histórico*, de la evolución de la epología. No ha tratado solamente del optimismo leibniziano y del pesimismo, del sentido trágico de la obra de Husserl, que refleja un individualismo en crisis y los grandes conflictos de nuestros tiempos. Ha hecho ver cómo la crisis abarcaba todo el pensamiento epológico y cómo en el momento ascendente del individualismo las reflexiones epológicas han llevado a destruir el ser del pensar, mientras en su descenso, en su decadencia, llevan a descubrir del pensar la nada. Así, en tanto que Descartes decía: *Pienso, luego soy*, Kierkegaard afirmaba siglos después: *Pienso, luego no soy*, sino una definitiva de la crisis, de la tragedia de la imposibilidad de construir el mundo a través del *Ego*, o de su equivalente social, el individuo.

Probada así una y otra vez por Cabrera la historicidad social de la epología, el pretender como Husserl a un conocimiento apolítico, a partir de una conciencia, que se supone sin sugerencias y supuestos, es un error. Es ingenuidad. "Si se sigue creyendo en los motivos metafísicos del hombre moderno—ha dicho Cabrera— se arriesga uno, sin duda, a perder toda autenticidad, puesto que esos motivos han muerto, ya no son nuestros motivos. Lo que nos define es la destrucción del mundo moderno y lo que necesitamos comprender sobre todo es la ausencia de eternidad de este mundo que estamos viviendo."

Para comprender esa ausencia de eternidad del mundo moderno, para comprender el mundo, habrá que suspender los motivos metafísicos de ese mundo. Habrá que suspender la metafísica engañosa, al dudar maligno, embudo, a aquél de que hablaba Descartes y que crea era impotente para engañarlo en su *Piensa y luego soy*. Habrá que acabar con la ilusión engañosa, que en su afán de burla imprevisto ha engañado, en su base misma, en sus pretensiones más caras, al pensamiento moderno, al hombre que creyó en el *Ego* absoluto. Háale que se le diga que el mundo del dudar, con la metafísica... ¿pero qué nos va a quedar?

En la tercera conferencia, Cabrera debía hablar de la suspensión de la metafísica, de la suspensión de ese fantasma que es el *Ego* en el pensamiento contemporáneo. Hablaría de la enajenación reconocida por tantos autores—Hegel, Marx, Kierkegaard—en que se encuentra el hombre y diría que el hombre debe liberarse de esa enajenación que hoy se manifiesta en el pensamiento epológico. Propondría una duda verdaderamente radical, no una duda a la manera de Descartes, sino una duda que acabara con el principio de la enajenación, una duda que nos dejara sin el supuesto del *Ego*, y sin ningún otro supuesto metafísico. De tal modo la filosofía no sería un supuesto sino un problema.

Y nos quedaría... Cabrera iba a cambiar el estilo, a hacer una bella descripción de la duda a la que nos quedamos. Pero se interrumpió a Heidegger, a hablar de la suspensión del silencio—"la luna se oculta, la noche se cierra y el silencio se vuelve rumor del universo, una pura nada, sino una pura nada, sino una incipiente valdía." Y concluyó diciendo: "Suspendida la metafísica lo único que nos queda es esa suspensión misma que es un silencio que se suelta y se suelta. En este nuestro problema consistirá entonces—añadió— en interrogar al silencio, en hacer del silencio rumoroso una cuestión filosófica. Sólo así se descubrirá el enigma del universo—será posible que la filosofía reanude su marcha sin fin."

Y sigue Cabrera, cada vez con más pausas, y luego dice:—Hay que callarse para... Y se calla.

Vuelvo a mi problema original, a un problema ya enriquecido: ¿Tiene carácter metafísico la suspensión de la metafísica que nos ha propuesto Manuel Cabrera? Es positivo.

La idea de la suspensión de la metafísica o de una filosofía sin supuestos se asemejan. Una y otra parecen estar relacionadas con la idea de la Creación de la Biblia. Sería una y otra parecen estar relacionadas con ideas muy viejas, con lo que podríamos llamar la tríloga metafísica. Esta tríloga cuenta en un de sus ángulos con *Dios*, en el otro con el *Hombre*, y en el último, con el mundo, *Dios*, *Hombre* y *Mundo*, como conceptos metafísicos. Esa tríloga es maravillosa. Desde (Paso a la pág. 20)